

## Atrofia para lo metasensible

Es bien sabido que el ejercicio produce un desarrollo de la facultad y de los órganos por los que se produce su actuación.

Supongamos dos hermanos gemelos, muy semejantes entre sí, que al nacer tuviesen ambos aptitudes tan diversas como ser relojero y carpintero. Uno de ellos se dedica después a ser, por ejemplo, un gran técnico en relojería. Tendrá al cabo de unos años de ejercicio, cuando se haya desarrollado como adulto, una delicadeza y precisión de tacto, de que carecerá la mano del otro que se haya dedicado a la carpintería. La mano del carpintero, en cambio, se habrá ensanchado; su musculatura habrá crecido y se habrá endurecido, de suerte que le permitirá desarrollar una fuerza de que carecerá su hermano gemelo, el relojero. La especialización del ejercicio hipertrofia unas facultades y por lo mismo fácilmente se atrofian otras complementarias. Este hecho es conocido por todos.

Lo que no hacemos es «reconocerlo» a través de lo que «conocemos» en nuestra vida social.

Precisamente porque toda sociedad tiene a través de su evolución histórica algo de especialización, según lo que le dan sus mejores aptitudes y las circunstancias de su ambiente, fácilmente se hipertrofia en algo, con la consiguiente atrofia de otras facultades paralelas y complementarias. Es decir, también cada «sociedad», como sociedad, se «especializa».

La sociedad griega de los clásicos, era hipersensible, especializada para captar cualquier factor de belleza y de filosofía, pero atrofiada ante un valor moral. La sociedad de la Roma imperial era hipersensible para captar un valor jurídico e imperial, pero no ante un valor filosófico o para crear elementos estéticos, que en gran parte había de importar. La sociedad israelítica, como consecuencia de su origen e historia, arraigados en la revelación divina, era muy sensible ante los factores de moralidad y de verdad trascendente, pero no poseía en el mismo grado la finura jurídica de los romanos o la sensibilidad estética de los griegos. Sobre una base natural, las circunstancias ambientales o históricas produjeron en cada caso un desarrollo especializado, que hipersensibilizaba aquella sociedad en una dirección y esta misma especialización era una ocasión de que se atrofiase su desarrollo en otra.

Lo curioso (y por otro lado, obvio que suceda) es que si en aquel ambiente se levanta una voz que clama contra la hipertrofia excesiva y contra la atrofia complementaria, no es escuchada: aquella voz es «antisocial»; dice algo «anormal», porque de hecho viene a ser tenido como «norma» en aquella sociedad «lo que todos dicen», «lo que todos hacen», «lo que todos piensan». Por mucha razón que aquella voz tenga, no resonará, se perderá en el vacío. A menos que se trate de una personalidad extraordinaria que termine arrastrando a su alrededor a la sociedad, ya sea en un sentido revolucionario equivocado, ya en una superación evolutiva acertada.

Pues del mismo modo, hoy día estamos en unas sociedades en que la hipertrofia colectiva nos viene dada del lado de la *masa*, a la que se dirige la ciencia aplicada o *técnica*, toda ella orientada al *bienestar sensible*, no de un hombre en particular (una escuela esotérica de filosofía, de sabiduría, de arte con pocos adeptos...) sino de la colectividad como masa.

En este ambiente social es obvio que tomen cada día mayor preponderancia los factores de democracia: la cantidad suplanta la calidad, como si no fuese ya de ningún valor buscar lo cualitativo, sino como si lo cuantitativo (que por hipótesis nunca es «selección cualitativa») fuese la ley jurídica suprema.

También es comprensible que en este ambiente social haya una supervaloración de aquella ciencia que se dirige al dominio de lo sensible, es decir, la técnica, para lograr un bienestar «standard», de promedio en la masa, que está hambrienta de bienestar sensible. Se reproducen los gritos de «panem et circenses», con la diferencia que la masa que en la antigua Roma vociferaba pidiéndolo no era el poder del emperador, mientras que ahora esta masa es el factor social imperante.

Con ello ha sucedido que nuestras sociedades industrializadas europeas han hipertrofiado tanto esta dimensión superficial, que han perdido en verticalidad todo lo que han ganado en horizontalidad.

Nuestra sociedad está como hipnotizada por la masa, tanto en su dominio democrático (de aspectos acertados en su raíz, claro está, pero exagerados), como en su bienestar «standard» masificado y técnico. Está tan hipertrofiada en lo sensible que ante lo metasensible está atrofiada. La Metafísica tiene mala prensa.

Atrofia de lo metafísico; atrofia ante los valores de verdad y moralidad; atrofia ante la noción de Dios, noción que si bien nos es revelada desde el más allá, tiene no obstante una base natural en que se injertan los requisitos para su conocimiento, su aceptación, difusión y profundización.

Este es uno de los grandes males de que adolecen las sociedades actuales. Un árbol que ha desarrollado tan enormemente la copa, que puede venirse abajo cuando el menor viento sacuda su débil tronco que habría de sostenerla. Un cérvido que ha desarrollado tanto su vistosa cornamenta, que ni puede correr, ni andar, ni sostenerse an-

te la acometida de sus enemigos. No es raro que vayan brotando estas manadas de jóvenes «contestatarios» que en realidad protestan contra males que no son los que ellos alegan, sino «el mal» que los alienta por debajo. Esos males contra los que protestan son testafierros contra los que descargan su inquietud inconsciente radicada en «aquel otro mal» social, que los afecta sin que ellos se den cuenta.

Son jóvenes que protestan contra una «sociedad de consumo»: ¿por qué? En el fondo es porque no le basta al hombre esta dimensión sensible del bienestar del consumo: la sociedad les ha excitado el apetito y sólo les da pimienta y canela para saciarlo, en vez de manjares sólidos. Al hombre no le basta, decía, esta dimensión sensible si está mutilado de su dimensión metasensible. La sociedad no les ha dado aquel sentido de *firmeza* que tenía antaño con la humildad de la obediencia a la fe; la sociedad circundante y su educación les ha dado «medios para...» sin decirles cuál es el término de este «para...»: para qué vivimos, para qué es la vida. Como sucedería a un viajero a quien colocasen en un tren lujosamente arreglado: rápido, con aire acondicionado, sin ruidos, ni trepidaciones, bar gratuito... Bien se está en aquel tren; pero ¿adónde va? Si no sabe el viajero adónde va, protestará de que le metan en un tren, por cómodo que sea.

Nuestra pobre «rica sociedad» es un tren que avanza velozmente, pero por una vía muerta; es un cévido cuya cornamenta vistosísima ha crecido tanto, que no le deja ni andar; es un árbol con una copa tan colosal y un tronco tan endeble, que al menor soplo puede venir todo al suelo.

El dilema en que se encuentra hoy día la humanidad es este: o adquiere sensibilidad para las zonas fundamentales en que se ha atrofiado y reconquista el sentido de la humildad, de la obediencia, de la oración, de la fe en Dios, o caerá al suelo con estrépito al menor soplo de viento.

Y estos vientos soplan ya en el horizonte, no como mera brisa, sino como amenazador huracán.